
Un relato es una conversación a larga distancia y en tiempos diversos en la que queremos comunicar algunas impresiones bajo la tentación de hacerle saber al lector parte de lo que nosotros mismos pensamos del relato, temas sugeridos por la narración misma, pues al narrar somos también lectores de nuestra escritura. Hay una vida propia del relato, un cierto juego de sorpresas quizás insospechado porque, al leerlo sin interrupciones (siempre y cuando la novela haya cumplido con la regla cortaziana de la gravedad, es decir, no caerse de las manos), pareciera ser un relato aproximadamente coherente, construido de acuerdo con un hilo pensado y desarrollado como quien tira de una madeja. Pero la novela tiene mucho de la vida y del juego de ajedrez. Quiere decirse que salimos con las piezas dispuestas muy ordenadamente, y a partir de allí los movimientos empiezan a entrecruzarse de manera tal que los jaques que cavilamos ya no son posibles, nos comen unos peones distraídamente, los caballos terminan saltando para espacios impensados, y finalmente el rey se nos muere cuando a lo mejor pensábamos que estábamos por ganarle al contrario. Es así una novela, un orden sin nosotros como tantas cosas, y el narrador apenas una mano nerviosa tratando de dictatorializar la situación, siempre amenazado por el azar de los personajes y las conexiones que se establecen; como también es así el lenguaje, una disposición que no controla-

mos del todo, y sólo nos es posible la lucha por dominar la lengua.

Me gustaría hacer algunos comentarios sobre varios personajes que tomaron una forma muy distinta de como habían sido concebidos originalmente. Son Olga, Malena y María Josefina. Aparentemente sus diferencias estriban en las épocas en las que han sido situadas, pero no es ahí donde reside su constitución distinta sino en otro aspecto que quisiera remarcar. Olga es un personaje de estereotipo, es decir, reúne los vicios y virtudes de una mujer de la clase dominante venezolana en un determinado período. Condensa el fracaso generacional de la mujer en ese momento histórico, incapacitada para decidir sobre sus propias elecciones amorosas, imposibilitada para buscar desarrollos personales fuera del ámbito estrictamente familiar, saturada de rebeldía y de obediencia ciega. Es un personaje cerrado en sus contradicciones, y su discurso no puede ser otro que el de servir de narradora; su propia voz está oscurecida por la de otros. Es, si se quiere, alguien cercano a *Ifigenia, una señorita que escribía porque se fastidiaba*. María Josefina, por el contrario, es un personaje mucho más real, evidentemente tan ficticia como Olga, pero más realista en tanto intenta combatir contra los estereotipos que la acúan, y en ese debate se roza con la vida, se hiere y fracasa. Olga podría decirse fracasa de entrada, evadida antes de actuar; en cambio María Josefina se baña en los hechos y va descubriendo que sus derrotas provienen no sólo de las barreras e inhibiciones impuestas, en esencia las mismas de Olga, aunque algo atenuadas por el devenir de los tiempos, y al desmascarar de su ropaje social a los vacíos y fallas provenientes de la existencia misma sufre en su intento de pasar del

estereotipo a la veracidad, de su personaje a la persona. Malena es completamente diferente. Paradójicamente es el personaje mejor estudiado, la coincidencia de los datos biográficos con la historia venezolana han sido detallados con lupa, y sin embargo es absolutamente ficticia, no en el sentido positivo del término, sino en tanto no es ni siquiera un personaje, sino el mero sustento de un texto, la pura materia necesaria para hablar de la pasión. Malena puede tener varios desenlaces y varios entierros porque es sólo una voz, una necesidad expresiva. Es totalmente antipsicológica y antisociológica, su existencia no tiene otra base que las palabras que he querido prestarle, y sus discursos no tienen interlocutor. Malena, a diferencia de mi abuela, que habla tanto, de todo y de todo el mundo, es un discurso femenino en solitario, y sólo puede ser escuchada, pero nunca dialogada.

Naturalmente esta explicación de los personajes es muy personal, y desde luego no la única, incluso puede ser equivocada, pero, en la medida en que el relato es una conversación, es mi oportunidad de intercambiar las ideas que me surgen a través de estas páginas. No creo en un relato completamente abierto, de posibilidades infinitas de lectura; el concepto de presentarlo descompuesto, para que el lector lo arme como quiera, es interesante, incluso necesario, pero evidentemente artificioso. Toda narración tiene, más allá de sus cualidades y defectos, una composición inalterable, una organización determinada, una marca de fabricación indeleble. En ese sentido se parece a la vida, porque si bien ésta es polisémica, si bien las posibilidades de interpretación subjetiva son múltiples y variadísimas, no sólo desde los distintos ángulos de los observadores sino desde la pluralidad de disciplinas que nos permiten vernos a nosotros mismos, tam-

bién es cierto que cuando uno piensa en su vida —no en la Realidad del Sujeto en la Lingüística, la Historia y el Psicoanálisis, como diría María Josefina, sino en ese mínimo aleteo que todos contenemos, ese corazón acelerado que nos sostiene, esa diminuta parcela de presencia que nos han dado en préstamo, sin aviso y sin postergación—, cuando uno se ubica en ese vulnerable centro de la propia vida, que tampoco es la que otros narran, el lector me entenderá, pues bien, cuando uno lo piensa así, sabe bien que no son tantas las interpretaciones creíbles y encuentra algunas marcas y señales limitándola o caracterizándola de modo tal que no es posible desencuadernarla y reorganizarla de nuevo cada vez. Alguien me objetaría, por supuesto, y le salgo al paso, que confundo la vida con la escritura, pero entendiendo el relato como conversación, me adelanto a darle mi parecer. Si bien percibo sus diferencias tampoco minimizo sus semejanzas. La literatura, por usar esa palabra con cierto temblor, trasciende la vida, pero, ¿existe el lenguaje *ex nihilo*? ¿Tiene el narrador otro material más propio que su vida, incluyendo en ella, por supuesto, todas las lecturas ya que se lee y se piensa durante ella? ¿Existe otro barro para el narrador que aquel que lo modela? ¿La vida es acaso un puro acontecer? ¿No sostiene el lenguaje que nos atraviesa y nos dispone? ¿Existe un viviente *ex lingua*? Quiero con esto decir que no aspiro a prohibirle al lector cualquier comprensión que quiera hacer, solamente le doy ciertas opiniones, dentro de nuestra conversación, para contrastar, discutir, compartir o simplemente saltárselas, si le interesa más continuar con el hilo narrativo, ya por terminar. Gracias por dejarme hablar, pues es siempre incómodo estar excluido de una conversación. Lamento no poder escuchar las res-

puestas, pero quizás un relato es comparable a un diálogo sostenido con un interlocutor telefónico, cuando la línea está muy interferida, y sólo oímos el eco, y de vez en cuando un aló desesperado.



Anónimos y desterrados en el ruidoso tumulto callejero, cantaba Serrat en el casete mientras Isabel y yo recorríamos el camino de vuelta desde la playa. Habíamos bajado a Macuto porque Isabel se marchaba pronto a Francia y decía querer llevarse en los ojos su propio paisaje para cuando se enguayabara en el gris oscuro, Isabel era muy cromática, muy dada a cambiar sus estados de ánimo de acuerdo con el color de los días, a veces amanecía de azul radiante, otras de blanco salino, también de verde campiña, o de marrón enratonado y hasta de negro despecho, quería entonces tener la impresión fresca de la carretera bordeando el mar, estrechándose entre el Caribe y la tierra roja, alineada por secos cujíes y decaídos uveros, sorteada por bañistas y niños que siempre cruzan las carreteras, desembocando en pequeños pueblos que iban perdiendo su carácter de tal, convirtiéndose en estaciones de gasolina y centros comerciales, Naiguatá, Uria, Caraballeda, Tanaguarena. Punta Mulatos, Camurí, Macuto, La Guaira, Maiquetía, Catia de La Mar, Arrecife, Todasana, pequeños negocios, restaurantes, ventas de artículos de playa, supermercados, tarantines, quioscos, quincallas, quintas de temporada, construcciones viejas, muchas recientes, altas torres de propiedad horizontal, casitas a medio destruir, otras a medio levantarse, puntas de tierra apalmeradas entrando en el mar, playas prohibidas, aquí pescado frito, la mejor cocada, jugos de parchita

y tamarindo, pida su pizza gigante, Helados Tomaselli, clubes distinguidos, decadentes, amontonados, discotecas Oasis, fruterías ambulantes, terrazas frente al mar, muchachos jugando *baseball*, bandadas de niños, mujeres con batas floreadas de andar por casa, hombres en *shorts*, jóvenes transportando en la cabeza tablas de *surf*, niños vendiendo un racimo de pescado, hoteles de lujo, rocosas pequeñas entradas del mar simulando playas, camionetas abarrotadas de pasajeros, carpas y colchones, largas colas de gente esperando el autobús para Caracas, ranchos esquinados debajo de flacos cambures, sabes una cosa, me dijo Isabel, bajándole momentáneamente el volumen a Serrat, si lo escribes se va a ver mejor de lo que es, resulta abigarrado al describirlo y en cambio se pierde una cierta sensación de descampado, de desolación edificada, de calor sucio, que se respira al atravesarlo, una mezcla de gasolina con mar, de olor muy especial, un cierto tono de alegría desgraciada, de bullicio desvaído, difícil de transmitir, pero me gusta, cuando esté en París tomándome un café en el Flora me voy a acordar de ti y de este paisaje. Isabel, tenía esas cosas, tan antipáticas. Nos paramos en Macuto para jugar un poco a la remembranza y pasamos por delante del solar vacío de la casa de mi bisabuelo, pero para nuestra sorpresa estaba ahora construido, era un pequeño restaurante italiano, y del otro lado de la avenida se extendía en una terraza sobre el mar apenas un tenderete de planchas de plástico y unas mesitas de fórmica, se veía limpio y cuidado y nos sentamos un rato, pedimos unas limonadas y yo le comenté a Isabel que me alegraba de ver construido aquel espacio que desocupado resultaba amenazador, pasamos un rato contemplando la avenida de la playa, quedaban todavía algunas casas de

principios de siglo, villas que alternaban los mosaicos, las pérgolas y las columnas con jardines sin grama, entre la tierra polvorienta surgían matas de caucho y almendrones, contiguas a los edificios o a los medianos comercios, algunas se veían cerradas, otras convertidas en casas de alquiler de habitaciones, su permanencia era casi una terquedad más que un aire de otros tiempos, resultaban piezas excéntricas dispersas en el medio de un bazar. Recorrimos a pie el paseo donde se situaban los viejos hoteles, y reencontramos un tono más alegre, vacacional, pausado, los hoteles son a veces antiguas casas que conservan su patio interior, a Isabel le gustaba asomarse y ver a los viejitos amodorrados en una siesta, pero no podía contener su reacción isabelina para decirme mira las sillas con los viejitos pegados, parece un asilo más que un hotel. Sin embargo le comenté que alguna vez me gustaría pasarme allí unos días, para ver el mar desde las ventanas reconstruidas como coloniales y hacer también una siesta cerrando los postigos, mientras tú te bañas en Ibiza, para joderla un poco, pero es que Isabel es así, hay que saberla llevar y no tomarla muy en serio. Estaba cayendo el sol y es muy bello verlo desde el playón, se domina un buen trecho de cielo, y hay veces, como ésta que describo, en que los naranjas y violetas salen como en las postales de *Sun set at the Caribbean*. Te mandaré una que diga *Macuto Beach*, para que te consueles y aplaques la nostalgia si te viene. No te rías, me contestó, para apreciar un paisaje es necesario tener la sensación de poder perderlo, es como la gente, se eleva en la distancia y aplasta en la intimidad. Vaya, vaya, Isabel proustiana, cuando te vayas no sé qué haré sin ti. Nos volvimos a subir en el carro, ya oscureciendo, para subir a Caracas. Había mucho tráfico en la autopista y nos desvia-

mos por la avenida Sucre, atravesando Catia, que conserva como todos los barrios obreros ese tono entre gris y sucio, donde los carteles de los avisos parecen haberse desteñido más por el sol y los hierros haberse herrumbrado más por la lluvia, ese aire apresurado de los que esperan un autobús atestado, ese tráfico más virulento, esas fachadas donde los muebles de ocasión y las frutas desbordan los pequeños negocios, rozando la avenida, y las mínimas aceras contienen una enorme población perdiéndose en la noche hacia las estrechas calles empinadas que se extienden hacia el cerro. Desembocamos a la plaza de El Silencio, y ya de nuevo en la autopista nos iluminaban espléndidos avisos de la Zenith, la Savoy, la IBM, y PanAmerican, más que el río es verdaderamente la autopista el hilo que separa la ciudad, en ondas de cemento, alzándose a los lados las paredes cimentadas del valle, puros puntos luminosos, que guían y señalan los límites. Avanzamos por ella hasta salirnos en el cruce de la Plaza Venezuela, donde Isabel se empeñó en hacer una nueva parada en el vía crucis nostálgico que se imponía. Dejamos el carro en uno de esos estacionamientos mecánicos a los que les tengo terror porque me parecen verdaderos monstruos hambrientos de hierro, abriendo sus múltiples bocas para tragarse los automóviles, dejando la sensación de que adentro se perderán para siempre y que si uno quisiera rescatarlos se extraviaría en un laberinto de metal o quedaría aplastado por sus veloces ascensores, pero no había más remedio porque era el único lugar para estacionar. Estuvimos un rato frente a la plaza, Isabel la encontró bonita, después de haber sobrevivido a sus cuarentaisiete renovaciones, sí, claro, ahora dime que te acordarás de mí cuando estés en La Concorde, anda, nos tomamos una cer-

veza, le dije empujándola, y nos sentamos en el Piccolo para que Isabel recordara sus tiempos ácratas, cuando pasaba largas noches hablando pendejadas en el Viñedo o en el Chicken Bar, pero ha cambiado mucho nuestro centro cultural, se lamentaba, ya no se ven poetas ni revolucionarios, no hay más que travestis, prostitutas, contactos de coca, y parejas de clase media comparando los precios de los zapatos frente a las vitrinas, de vez en cuando algún mendigo interrumpía nuestra conversación o una niña pidiendo que le compraran la lista de textos escolares. Nos levantamos de la mesa y dimos un vistazo a los jugadores de ajedrez, a los grupos de jóvenes que mantenían conversaciones animadas, quizás artistas, le dije para animarla, y recorrimos las librerías, siempre un recurso socorrido cuando uno ya no halla qué hacer, convinimos que la Sabana Grande peatonal tenía cierto encanto, aunque no desde luego el ambiente de antes. Te acuerdas bien, le dije, para que la tengas presente cuando pasees por las Ramblas. No sé si iré a Barcelona, me contestó cortante, era como se ponía cuando le metían el dedo en el ojo. Bueno, prima, como a esta hora supongo que no pretenderás visitar la Catedral, ni el Panteón, ni la Plaza Bolívar, te sugiero irnos a casa. Logramos que el minotauro de acero nos devolviera el carro, y subimos hacia la avenida Libertador. Me acuerdo muy bien cuando la construyeron, en el fondo, Isabel, no deberíamos quejarnos, la sensación de destrucción del paisaje no es otra cosa que un problema generacional, hemos asistido al surgimiento de una nueva ciudad, y por eso nos parece que nos han robado algo, pero seguramente quienes ahora tienen veinte años se sienten muy diferentes. Piensa en los que conocieron la Caracas gomecista, cuando todas estas urbanizaciones eran hacien-

das, el *shock* del futuro debe ser mucho más fuerte para ellos. Así es, una ciudad es como una persona, no puedes pretender que se mantenga igual en el transcurso del tiempo, los pedazos que le faltan a la ciudad podrías asemejarlos a los fragmentos de la belleza que se van perdiendo, y lo que le sobra ¿qué? Reacción isabelina. Lo que le sobra puedes compararlo al exceso que nos abruma cuando llegamos a un punto con demasiados recuerdos para avanzar y necesitamos desembarazarnos, por lo menos de algunos. Cuando éramos niñas, tía Olga siempre estaba diciendo cuánto ha cambiado Caracas, y nosotras nos burlábamos. Sí, así diré yo cuando regrese, cuánto ha cambiado, y se rió. Salimos de la avenida Libertador y atravesamos el Country Club, escenario muy de María Josefina y hasta de Margarita, para irnos acercando al que describí en páginas anteriores como un lugar respetable y sereno, una zona tranquila de calles bien trazadas, árboles profusos, olor de naranja y mango, de las rejas caían trinitarias. Isabel volvió a poner *Anónimos y desterrados*, mientras entrábamos en la casa, temiendo encontrar a todo el mundo furioso porque les parecía muy inapropiado que, estando de mudanza, Isabel y yo hubiéramos decidido perder el día.

Los encargados de la mudanza cargaban con tantísimos baúles, maletas, cajas y paquetes que durante meses mamá y Margarita habían embalado. Toda nuestra vida parecía caber en el inmenso camión de la TransWorld Company de Venezuela, en cuyo seno se comprimían nuestros recuerdos, nuestros muebles y electrodomésticos y se iban todos juntos abandonando la casa y sus espacios. Era necesario vaciar la cocina de mosaico empotrado y el patio de servicio en donde se habían acumulado los televisores viejos, las

sillas de paja destrenzada, los hierros de planchar, como decía mi abuela, los lavaderos de cemento, a medio camino entre las bateas y las lavadoras de rodillo, los escaparates antiguos arrumados en el garaje, esperando la compostura de las gavetas descuadradas o los tiradores despegados, limpiar el comedorcito de los niños, que perdiendo su uso se había paulatinamente convertido en cuarto trastero, la habitación de costura de mi abuela, donde todavía reposaba la primera máquina de coser Singer, superiorísima a las actuales, porque era de hierro y no de plástico, es decir, para durar más de una vida, trasladar los juegos de comedor y de salón, cuyas dimensiones hacían problemática su nueva ubicación en un apartamento, obligándonos al despojo y a la escogencia entre las sillas de la sala imitación Luis XVI o el tresillo capitoné años cuarenta, transportar la lámpara de lágrimas con todas las dificultades que supondría su próxima instalación en un techo de menor altura, alojar las sillas de hierro de los porches y terrazas, sustitutos de los antiguos corredores, en estrechos balcones, desmontar el escaparate Imperio de más de cuatro metros sin ninguna esperanza de que cupiera en ninguna parte, pero en algún lugar había de ser guardado para otro momento, otra vez cuando de nuevo recobrará sus largos espejos rectangulares, para contemplarse sin duda de cuerpo entero, sus molduras doradas, su madera constantemente amenazada por el comején, sacar los sillones y mesas coloniales y los bancos en el intento de que algunos siquiera tuviesen un lugar en el apartamento, otros podrían llevárselos Pedro y Marisela, embalar la biblioteca de papá, la estantería de tía Olga, la del escritorio, desprenderse de las imágenes de santos de mi abuela y regalárselos a las monjitas Adoratrices porque eran objetos sagrados, no se

podían despachar a una chivera o abandonarlos en el cuarto de la basura para que se los llevara el Aseo Urbano, extraer de cada gaveta, de cada armario, de cada repisa, de cada mesa de noche, todos los restos, huellas y papeles allí conservados. Fue una exhumación del pasado en la que los cadáveres de la memoria se removían tan incómodos que ninguno parecía calzar en su tumba. Mamá en esas ocasiones desarrollaba un sentido práctico muy beneficioso y junto con Margarita inventariaba nuestras pertenencias y desocupaba las habitaciones de sus propiedades más íntimas, ella conocía mejor que nadie el recuerdo ligado a cada una. Así, por ejemplo, peleaban porque no encontraban la tetera de plata donde habían servido el té cuando se comprometieron mis abuelos, insistiendo en que el juego no se había descompletado, como decía mi abuela, sino que la habían escondido en alguna parte y por eso no aparecía, pero era indispensable dar con ella porque no podíamos irnos dejándola atrás. De repente desenterraban un medallón de mi bisabuela Isabel, las flores del adorno del baile de quince años de Margarita, un cubrecama tejido por tía Luisa durante una hepatitis, los candelabros que habían velado el cadáver del tío Guillermo, nada menos que en un *closet* del servicio, y los aros de servilleta con las iniciales de mis abuelos, encargados con la cubiertería de Christofle, marca excelente aunque no fuera totalmente de plata y que habíamos recomendado a todos nuestros amigos en París, el juego de tocador de cristal labrado de mamá que por no usarlo había quedado guardado en la última repisa de su cuarto de vestirse, hoy en día dónde se conseguiría uno así, en ninguna parte y a ningún precio porque ya no los hacen, el recetario de cocina traído por mi bisabuela Isabel de España, una

pesa de cartas de mi bisabuelo Rafael Antonio, un teodolito de procedencia ignorada, las colecciones de cartas de la familia dentro de una sombrerera con naftalina, la misma sombrerera sin ningún valor pero en cambio de gran utilidad para almacenar todo lo que de otra manera no se sabe muy bien dónde poner, y no se debería botar porque serviría muy bien para estos retazos de tela y estos lazos que en cualquier momento se convertirían en un disfraz para Mariselita, y qué me dices de esto, Mercedes, las había buscado durante años y no aparecían, las yuntas de platino de tu papá y el alfiler de corbata de perla, claro, hace ya tanto tiempo que no sale a ninguna parte, con el problema de la artritis, pero no me digas tú lo que hubiera sido irnos y que se quedaran aquí las yuntas que se compró en la Place Vendôme, hace toda una vida. Las navajas de afeitar de mi bisabuelo con su estuche de cuero, una caja de habanos de plata que compró mi abuelo en Madrid, esto sí es más extraño, unos corsés, esto desde luego ya no se usa, mamá, opino que deberían botarse, espera un momento, decía mi abuela, no botes nada sin consultarme porque ustedes tienen la manía de ahora de botar, cuando yo estaba chiquita en mi casa no se botaba nada, ni las botellas vacías, ni los papeles de regalo, ni las bolsas de papel, ni los delantales de servicio usados, ni las medias rotas ni los zapatos sin tapa, ahora todo lo miran, le ven el mínimo defecto o se lo encuentran aunque no lo tenga y lo botan. Eso ha sido el petróleo, mijita, la maldición del petróleo y la mala educación también, porque lo más fácil es botar y no componer, así son tus hijos, Mercedes, todo lo que les parece viejo lo botan, y así estamos, nadie sabe componer nada, desde que se fue Pepe aquí no se compone nada, yo lo que quiero ver es qué van a hacer estas

niñas en sus casas el día que se acabe el petróleo, porque ellas son de compra y bota, yo te lo dije bastante, Mercedes, que no las educaras así. Ese discurso podía prolongarse un tiempo hasta que mamá con su habitual paciencia preguntaba y estos disfraces viejos de Olga, ¿qué te parece?, pues los guardas, decía furiosa mi abuela, porque luego vienen tus nietos que se quieren disfrazar y ya tienes las telas. Aparecieron unos discos de 78 revoluciones de zarzuelas y tangos, papá dijo que eran casi una antigüedad y que debían conservarse y, desempolvando en el garaje, un gramófono de manivela que, si se limpiaba un poco y se le echaba Brasso a la corneta, quedaba como los de las tiendas de decoración. Isabel pidió que se lo regalaran porque andaba en una onda retro y se lo dieron. Un radio de los de corneta forrada en tela, eso sí hay que botarlo, decía mamá desafiante, un daguerrotipo del Conde de Santa María, los libros de contabilidad de mi abuelo, una colección de monedas de oro, pueden tener más valor del que uno cree, las telas de tía Graciela, de lo más decorativas, quedarán muy bien en el apartamento. Y así infinitamente, recorríamos los objetos que, como fantasmas mal enterrados, revelaban su recuerdo y su sentido, luchando por mantener un puesto en nuestras vidas y oponiéndose a ser violados por manos extrañas. Pedro, con una visión más moderna de las cosas, sugirió que algunos muebles podían venderse a una chivera o por lo menos dejarlos en un guardamuebles y llevar un archivo por orden alfabético para saber con qué recuerdos contábamos, idea que nos pareció repugnante a todos. El desalojo del piano fue conmovedor y la quema de las partituras un instante inolvidable, sucumbieron también unos horribles perritos de porcelana que Margarita siempre había adorado

y a mi gusto hacían un efecto horrible sobre el piano, pero siempre habían estado allí, como estábamos seguros de que nadie iba más nunca a tocar el piano se lo regalamos también a las Adoratrices que no tenían órgano y podía serles útil. Lo más cruel sin embargo fue lo de los conejos. Al principio eran pocos y siempre nos había gustado mucho de niños irlos a visitar de vez en cuando a la conejera y llevarles zanahorias o acariciarlos un rato cuando volvíamos del colegio. También había una pajarera y una perrera como recuerdo de nuestro pasado rural y porque mi abuelo opinaba que unos niños sin animales no podían ser felices. En un tiempo Pedro llegó a tener siete gatos que apestaban los rincones y eran insoportables en las épocas de celo, pero tenían su función porque se comen las culebras y muchas veces, después de las lluvias, salían culebras debajo de los cambures, pero cuando nos cansamos de los gatos la solución fue sencilla, se llamó al jardinero y se los llevó y así salimos de ellos. En cambio los conejos era mucho más complicado, el jardinero se negó a que se los dieran y no lo podíamos obligar, tampoco ninguna de las sirvientas los quiso de regalo, Pedro, como se seguía sintiendo responsable de la conejera, llamó a la perrera municipal para informarles de que tenía unos perritos chiquitos de una raza muy rara y que si los podían venir a buscar, vinieron los funcionarios pero enseguida dijeron que no eran perros, la discusión fue bastante larga y Pedro sacó un libro de la biblioteca tratando de convencerlos de que eran unos perros chinos carísimos y les enseñaba el libro de *Perros de todas las razas* que le habían dado en un cumpleaños, pero no hubo forma. Soltar los conejos a la calle nos parecía poco cívico y además pensábamos que los podían atropellar los automóviles, yo propuse

disimuladamente llevarlos al Parque del Este y soltarlos allí, donde había ardillas y tenían más posibilidad de supervivencia, pero papá dijo que eso era un disparate porque podían vernos cuando nos bajáramos con los treinta y cuatro conejos, cifra que alcanzaba nuestro censo. Entonces ocurrió la matanza, pero prefiero ahorrar los detalles.

La casa parecía una cisterna poco a poco derramándose, llenar una casa es como ocupar una vida, decía Margarita, y ahora este vaciamiento es someternos a un vértigo infinito en el que nos perderemos para siempre. Mamá se sentaba contra la noche desplomándose como un animal lento sobre nosotros y decía hay momentos así, quisiera atravesar el tiempo sin rozarlo, como de perfil, y se pasaba la mano por el pelo ya canoso como si resucitara una vieja caricia. Nunca pude saber sus pensamientos cuando contemplaba así la noche, parecía recorrer paisajes de ella, hablar con antiguos conocidos, pacificar eternas luchas. Me daba lástima dejarla sola, como si llevara un gran dolor que sólo ella debía consumir y a la vez era capaz de detectar con gran precisión las fallas y detalles, las necesidades y precisiones impuestas por aquella mudanza. Para ella, como para todos, una casa vendida era como un brazo amputado, como un hijo perdido, como una punta de estrella desprendida. Éramos muy dramáticos. Por otra parte era difícil seguir viviendo juntos y, aunque no lo hablábamos, lo sabíamos porque papá ya había tomado todas las decisiones y el ambiente era bastante cortante. Los abuelos vivirían con una enfermera en un apartamento encima del nuestro, tía Luisa e Isabel se mudarían cerca a otro más modesto, donde de momento estaría sola tía Luisa porque Isabel había obtenido una beca y se iba a París a estudiar con gente importante como Barthes o

Foucault. Tía Olga había tomado la decisión de irse a Nueva York donde decía se encontraba muy bien y estaría mucho más divertida porque tenía las temporadas de ópera y de ballet y nos ofrecía su casa para que la fuéramos a visitar. Tampoco todo el servicio podía continuar con nosotros porque no sería ya necesario ni conveniente, puesto que estábamos reduciendo gastos. El jardinero, el mesonero y el chofer habían sido despedidos, así como la lavandera, nos quedaríamos con lo más imprescindible y en cuanto a Benita, nuestra cargadora de toda la vida, a la que mamá había despedido varias veces y vuelto a contratar nuevamente, no la podíamos dejar en la calle, porque como decía un amigo nuestro practicábamos una forma de dominación *sui generis* que podía llamarse el esclavismo socialista o el socialismo esclavista, la pasaríamos a un asilo donde nos aseguraban que estaría muy bien atendida, con servicio médico y cuarto privado con televisión, porque era un lugar para ancianos de buena posición, sin embargo era de todas maneras tristísimo separarnos de Benita que había perdido la cabeza completamente y llamaba Mercedes a mi abuela, y Margarita a mi mamá y Pedrito a mi papá, y dejarla allí, anónimamente, recuperando su autonomía o su libertad cuando estaba tan vieja, además no se daba cuenta de lo que pasaba y se ponía furiosa con mi mamá y decía misia Clemencia, Mercedes me vuelve a botar, pero no, Benita, si la estamos enviando a una casa de reposo, pues ahora las cosas han cambiado y si usted me bota me tiene que pagar las prestaciones y voy a ir a la Inspectoría del Trabajo para que me calculen cuánto me deben, era difícilísimo convencerla de que no la botábamos sino que la asilábamos. Pensaba que la queríamos robar y no nos dejaba entrar en su cuarto porque debajo del colchón

tenía su dinero, casi todo lo ahorrado en tantos años, y lo guardaba junto con unos billetes viejos de lotería y unos dibujos de Bolívar pintados con los lápices nuestros del colegio, los calcaba y luego sombreaba y con su letra de niña escribía *Simón Bolívar, Libertador de los Esclavos*, y de verdad ella tenía un apellido muy aristocrático porque eso era así, que los esclavos tomaban los nombres de sus amos. Yo le dije a Isabel a ver cómo me metes eso en las estructuras de parentesco, pero Isabel estaba tan contenta con su viaje que no le importó que me burlara de ella. La llevamos al asilo engañada, entre mamá y yo, porque no se quería montar en el carro y amenazaba a mamá con los inspectores del trabajo y mamá le decía pero Benita, tranquilícese, por Dios, la estamos llevando al médico para que le vea las várices, qué médico ni qué médico, me quieres botar y yo tengo unos sobrinos en La Pastora que van a venir a reclamar todo lo que me deben. Los tales sobrinos estaban encantados con lo del asilo y la verdad se portaron muy mal y no fueron a verla ni una vez, íbamos Margarita y yo una tarde al mes y le seguíamos pagando su sueldo para que no se pusiera brava, previo acuerdo con las enfermeras de que ellas después se lo sacaban de la gaveta y servía para pagar parte de la pensión. Cuando se murió la enterramos en nuestro panteón, como se usó siempre, y sólo pudimos inscribir la fecha de su muerte porque la cédula de identidad se perdió y no nos acordábamos de la fecha de nacimiento. Fue complicadísimo enterrarla sin la cédula porque en esos casos parece que la identidad es importantísima, no fuera a ser que hubiéramos nosotros matado a la viejita y por eso la enterrábamos sin demostrar su identidad, papá se acordó del lío de cuando lo de Giovardini y dijo menos mal que en

este país por lo menos algunas cosas se siguen arreglando con poco dinero. Mi abuela comenzó a acordarse de cuando llegó a la casa casi una muchachita para jugar con tía Olga y mamá, y cuando viajó a Europa, todas las experiencias que tuvo y eso que apenas leía y escribía, y hasta cuando un verano en la Costa Azul un italiano emigrado se quería casar con ella porque las negras llamaban muchísimo la atención, pero mi abuela la convenció de que eso era un disparate, no te parece, Mercedes, que hubiera sido un disparate, la pobre Benita con aquel carnicero quedarse a vivir en Cagnes-sur-Mer, le hubiera hecho mucha falta el trópico, no creo que se hubiera adaptado. Quizás Benita pensó lo mismo porque cuando mis abuelos pasaron el último verano en España ella pidió que la mandaran en un barco para esperarlos aquí hasta que regresaran y así lo hizo. Por eso enterrar a Benita y llevarla al asilo no fue solamente un acto de conveniencia sino la despedida de una parte nuestra. Isabel decía que así eran las escisiones del espíritu y estuvo un tiempo calculando cuánta sería la plusvalía extraída, era muy complicado porque no producía bienes sino servicios y eso hace la operación mucho más difícil, porque entonces llevar a números las noches que Benita había dormido con nosotros cuando papá y mamá tenían una cena, o las tardes en que nos contaba cuentos de terror de la mano peluda o la mula maniada y el carretón de los muertos, o cuando cantaba con nosotras o nos ponía a dibujar mientras ella escuchaba el radio, *Aæ lavando, yo descansando*, o nos regañaba porque no comíamos o acompañaba a Pedro cuando tuvo lechina, llevar todo eso a cifras era enrevesado, no se sabía si el cómputo debía ser por horas de servicio o por lo que hubiera podido producir para ella de no haber trabajado para nosotros, y por eso

Isabel decía que se quería dedicar al estructuralismo y a la lingüística, para no seguir planteándose problemas como el de Benita. En su mesa de noche apareció una plaquita de metal, regalo de mi tía Elena y que decía *Banquete ofrecido en el Palacio de Miraflores. Obsequio del Gral. Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República de Venezuela. Centenario de la Independencia, 5 de julio de 1911*. Tenía el escudo en colores y también las iniciales del general. Eso le trajo a mi abuela el hilo de otras historias y nos volvió a contar las festividades celebradas en el Centenario y el cuadro vivo en que las jóvenes de sociedad representaban las repúblicas libertadas, y una de ellas, ataviada con túnica blanca, llevaba en la mano una espada con la cual cortaba los lazos que las unían a otra, tocada con corona, alegoría de España. Entonces una de las jóvenes desenroscaba un manuscrito y leía temblorosa y prosódicamente:

“Salve, deidad del sacrificio, ¡oh maga libertad! Por siempre loada seas, ¡oh diosa bienhechora de los pueblos, engendro sublime de la edad viril de las naciones, hija amantísima de la civilización! Nada es bastante para contener tu vuelo majestuoso hacia los augustos ideales de la democracia y el derecho que columbras allá, en no lejano porvenir, porque eres el pan de vida que distribuyen profusa y abnegadamente los adalides del pensamiento entre las clases numerosas de los desheredados y hambrientos. Tú, cual mariposa que rompe su crisálida, surges entre radios claridades de los oscuros, profundos antros de la ignorancia y el despotismo, y, amable y sonriente, besas y unges en la frente al paria y al ilota con el óleo santo de los derechos ciudadanos. Bellísima hurí de blanca vestidura y de negra, flotante y destrenzada cabellera, virgen pura, ídolo sacrosanto a quien los pueblos adoran

de rodillas, tal es la libertad. La hombría de bien, bello título éste que odian y detestan los tiranos. Cuando en el horizonte de algún pueblo despunta el sol de la razón, cuando brota en los cerebros el germen de la idea y en los pechos oprimidos renace la esperanza, y los labios se entreabren, como para dar paso a un suspiro, es señal infalible de que está próximo el día de su redención. Así Francia, por medio de la Enciclopedia, entreabrió sus labios, largo tiempo cerrados y suspiró, y fue tal la violencia del suspiro y tan inmenso que se propagó en todas direcciones. Francia tiene su 1793, que echó por tierra el edificio de la monarquía, para erigir sobre sus escombros el código inmortal de los derechos del hombre, Inglaterra su 1688, que consolidó sus libertades públicas con el advenimiento de Guillermo III, Suiza su legendaria insurrección que afianzó para siempre su independencia, Italia su gloriosa revolución que aseguró la realización de su suspirada unidad y la América sus gigantescas luchas que dieron por resultado su definitiva emancipación, después de haber humillado en los campos de batalla el orgullo férreo de la potente Albión y el valor caballeresco de los hijos del Cid.” Aplausos.

También se acordó de cuando tía Elena salió del Convento de las Hermanas del Sacré-Coeur y de la representación tan bonita del acto de fin de curso, presidida por el Embajador de Francia, quien entregaba las calificaciones, un pergamino enrollado por una cinta con los colores de la bandera francesa, todas las jovencitas desfilaban en frente de la tarima en la que estaban sentados el Embajador y la Madre Superiora, se acercaban, hacían una reverencia, y se retiraban con su diploma. Después se escenificaba un cuadro vivo para cerrar el acto y una de las jóvenes estaba dis-

frazada de América, con banda en el pelo sosteniendo varias plumas pintadas de colores para significar la raza india, una túnica verde simbolizando la fertilidad y una espada en la mano como alusión a la lucha independentista. La joven América recibía un libro, alegoría de la Historia, entregado por la joven España, de corona y con manto púrpura encima de la túnica amarilla y eso quería decir que así se inscribía el Descubrimiento. Entonces la joven América se arrojaba frente a la joven Francia, cubierta por una túnica azul, que le ofrecía un candelabro de velas ardientes, como figura del Nuevo Mundo acogiendo la Luz del Conocimiento. Después todos aplaudían y se tocaba el Himno Nacional de las dos Repúblicas y salían del salón de actos al salón de las visitas donde estaba el Cuadro de Honor con las alumnas más aventajadas, en el cual nunca figuró tía Elena, y se despedían llorando y diciendo *Merci, ma soeur*. Tantas y tantas historias renacían y tomaban múltiples formas en los objetos que nos parecía imposible llegar al final. Mi abuela preguntó entonces por las cartas de su tatarabuelo y papá confesó que las había donado a la Nación y sólo había conservado una, la más larga y con detalles más familiares, pareciéndole que para muestra sirve un botón, mi abuela se indignó pero mi abuelo estuvo de acuerdo en que había sido una decisión prudente y mirándonos a nosotras comentó la gente joven no valora esas reliquias del pasado. Entonces mi abuela obligó a papá a buscarla, interrumpiendo así el trajín de la mudanza, y nos sentamos en la sala ya medio vacía, mientras papá iba leyendo despacio la carta, a veces incomprensible por el tipo de letra usada entonces y lo arrugada que estaba.

Hacienda La Trinidad, 22 de mayo, 1862

Querido hermano: muchos días hacía que deseaba escribirte y no había tenido el gusto por mucho trabajo y hoy lo hago para saber cómo te va de salud a ti y a Felisa y para informarte de la mía y del resto de la familia, yo me conservo bueno y la demás familia; sólo María de la Trinidad estuvo unos días enferma pero ya está buena. Yo todavía estoy en esta hacienda, hasta hoy tendré cogidos como cuatrocientos quintales de café y creo que no se me perderá ni un grano pues no me falta gente y tengo lo que no tiene ningún hacendado, pues tengo veinte y pico de peones varones, yo tengo esperanzas de que no me falte gente. Mi yerno Gonzalo es el que está mal con los liberales, que aquí llaman Federales o Federicos, pues le fueron a visitar en días pasados y como no lo encontraron le rompieron las puertas, le comieron los bueyes y descerrajaron los escaparates y baúles, llevándose cuanto había. Rafael Ernesto, también yerno mío, fue a coger la de Bejuma que cree que hay esperanzas de cogerla pues mi amigo Pinto se ha portado. Hacen cinco días que estuvieron al frente de Tínaquillo, en Cojedes, los federicos y salió José Vicente a batirlos con otros hombres que llegaron hasta doscientos cincuenta, tomándoles cinco prisioneros y diez bestias. En casa ha habido salud, salvo lo que te dije de María de la Trinidad que estuvo atacada por un cólico nefrítico y eso la tuvo en los dolores más grandes que puede haber toda una noche hasta que empezaron a ceder, encontrándose ya buena. Yo tuve también un ojo irritado porque estaba regando en el jardincillo y al agacharme se me clavó una palmita de sagú en el ojo pero por fortuna fue en lo blanco porque si hubiera sido en lo negro lo pierdo seguramente. Vino el doctor inmediatamente y le picó para que saliera la sangre aglo-

merada y ya estoy bueno y sano, así que aunque hemos tenido enfermos ninguno ha sido de gran cuidado porque ya estamos buenos todos dos. Dime cuando me escribas cómo están de salud todos en esa, tu mujer Felisa y tus hijos y mis hermanas y dime también del campo, cómo ha sido la cosecha de manzanos y cuántas bestias tienes. Aunque tan lejos me acuerdo muy bien de todos y le pido a Dios que no me muera sin volverlos a ver. Recibo con mucho placer tus cartas y las conservo pues contienen la seguridad del cariño y amor de la familia que no he olvidado. Si a esto agrego el amor y estimación de mi mujer y de mis hijos, debes entender que no envidio ninguna otra especie de fortuna y me considero el hombre más dichoso, a quien Dios ha protegido inmerecidamente de tantas aventuras como las que he vivido. Quiera Dios no darme un triste desengaño y me conceda gozar hasta que muera de la verdadera felicidad, pues desde que estoy aquí los únicos dolores que he tenido se debieron a las veces en que me escribiste diciéndome que nuestros padres habían fallecido y cuando tuvimos que enterrar a las tres hijas nuestras pequeñas.

Qué horror. Comentaba mi abuela, lo que era la salud en aquella época, cómo se morían los niños, seguramente el desequilibrio de tía Malena provenía de que María Antonia había tenido una madre con aquel dolor, tú te imaginas, Mercedes, perder tres niñas apenas recién nacidas. Sigue, sigue, Pedro Miguel.

Mi cuñado Manuel está actualmente en el Consejo techando unos almacenes antes que se formalice más el invierno, este trabajo me sorprende como se está haciendo pues para que te hagas una idea basta decirte que para

sacar unas maderas de la montaña ha tenido que ir con fuerza y diez yuntas de bueyes para traerlas de una sola vez, pues de lo contrario le habrían quitado los bueyes porque tuvo que dormir allí y las facciones están por todos aquellos lugares. Esta misma semana me ha escrito un amigo que se retira de sus haciendas de Chirgua, luego que concluya de remitir la cosecha, porque no se encuentran peones con quien trabajar y tampoco tiene seguridad personal, pues aunque no están ahora allí las facciones siempre hay amenazas de que se presenten cuando menos se espera. Cada vez que pienso que el trabajo de una vida se va a perder infamemente por la ambición de unos bandidos sin Dios ni ley, me cabreo. Mis cálculos y mis proyectos se iban realizando por la mano de Dios, que tanto nos ha protegido, pues no sé si recuerdas cuando te escribí que mi proyecto era trabajar en común con mis yernos para hacer una cosecha de tres mil quintales de café y trescientas fanegas de cacao que ya la teníamos, con la que podíamos vivir todos regularmente y dar un impulso a las fincas que podían dentro de poco aumentar la cosecha, más todo esto se va convirtiendo en sueños y seremos muy afortunados si quedamos con algo, al paso que va esta revolución.

El estado del país es por demás desconsolador porque después de tantos esfuerzos se ve con pena que las facciones no se disminuyen, bien sea porque los jefes del gobierno no persiguen como deben o porque la causa de la revolución halaga a la multitud, lo cierto es que poco se adelanta. La provincia de Aragua jamás se ha visto peor que hoy, por la ferocidad de su facción que asesina a casi todos los que coge y para darte una idea del terror que ha infundido basta decirte que los mayordomos no viven en las haciendas. El

Tuy me han dicho que está peor y en Barlovento se han ocupado las poblaciones. En Barcelona también hemos sufrido reveses y en Coro últimamente derrotaron las facciones a trescientos hombres que iban al auxilio de Barquisimeto, habiendo muerto el segundo jefe nuestro. En medio de estos conflictos agrava la situación el señor Páez, que en mi concepto sigue en su propósito de hacerse del poder y para esto ha contado con transigir con las facciones, para lo que ha pasado notas al gobierno que se han publicado, pintando la revolución patente y al gobierno incapaz, pero le va saliendo mal su cálculo pues los jefes de las facciones se han negado a las proposiciones que les ha hecho por varios conductos. La guerra que hacen las facciones es la de siempre, no hacer resistencia y aprovechar toda ocasión de debilidad de nuestra parte.

Puedes concebir muy bien que el país se va destruyendo diariamente y por consiguiente haciéndonos impotentes por falta de recursos. Es imprevisible a dónde vaya esto a parar, pero sí puedo asegurar que será a un mal término. Yo deseo que Páez se acabe de manifestar: bien como general o bien como conspirador para que se desengañen que no sirve, pero a pesar de esto nos puede hacer mucho daño porque nuestra gente es ignorante en su generalidad.

Cuando uno lee estas cosas se da cuenta de lo que ha sido la historia de este país, decía mi abuelo, los hombres de trabajo siempre hemos estado en manos de los inescrupulosos y de los aspirantes al poder. Nadie ha pensado en el país y en la gente, sólo en enriquecerse y destruir, pero sigue, Pedro, es muy interesante la carta.

Nuestra situación no mejora por más esfuerzos que se hacen y temo que en lo sucesivo empeore por la fatal división que se va haciendo en el buen partido con las pretensiones de Páez. En mi anterior te había dicho que había presentado al gobierno con sus exageradas exigencias muchos embarazos, según parece quiere facultades para amnistiar a los facciosos como único medio de tranquilizar al país pero a mí me parece que ni él tiene tal influjo, ni las facciones se contentan ya con otra cosa que con dominar y de este modo se explica el carácter feroz y tenaz que ha tomado esta guerra, que en el fondo es el resultado del odio de las razas que se ha puesto en acción bajo el nombre de federación. Este estado tiene la sociedad en una completa paralización, que no es posible se prolongue sin que todo se destruya. Por otra parte nadie obedece al gobierno, de suerte que se puede decir que estamos en anarquía.

¿Qué se puede esperar de un país donde hay tan poco respeto por las leyes y el gobierno? Yo temo que en esta causa debe tomar medidas para hacerse respetar, puede ser la ocasión del pronunciamiento de la dictadura.

También quiero contarte cosas buenas de la familia. María de la Trinidad estuvo en Caracas el mes pasado para acompañar a nuestra hija María Antonia que estaba de parto y la trasladaron allá para ser mejor atendida, en la casa que fue de mis suegros y donde viven las hermanas de María de la Trinidad, entre las esquinas de Veroes y las Ibarras. Nació mi primer nieto, Rafael Antonio, y aún no he tenido el gozo de verlo pero espero que después que vaya a Cojedes y termine los trabajos de vaquerías pueda hacerlo. Te supondrás la alegría que nos ha llenado, María de la Trinidad me escribió dándome las nuevas y contándome del

parto que a Dios gracias fue muy bueno. Me decía que ahora hay una compañía de ópera bastante buena y la mejor que había habido, con el tenor Mussini y la prima dona, la Cortesi, excelente actriz. Me siento satisfecho que se haya divertido y que llegaran bien, pues aunque viajaron escoltadas por varios peones de confianza el trayecto es largo y peligroso y hasta que no supe de ellas no podía dormir, pensando en que algunos bandidos de los tantos que hay y que aprovechan la anarquía reinante hubieran podido asaltarlas y malograrlas, pero Dios las acompañó.

En medio del estado en que nos encontramos, la miseria invadiéndolo todo, vamos asistiendo a la sensible disminución de la riqueza y sólo el afecto de la familia es la única y verdadera fortuna a que el hombre puede aspirar en la vida. Mi mayor preocupación es sin duda José Vicente. La provincia de Aragua y ésta son las que se encuentran en peor estado porque el gobierno se puede decir que no ocupa sino las poblaciones y por consiguiente no tiene fuerzas para perseguir con éxito ni dónde hacerlas, así es que las recorridas que hacen no dan resultado porque los enemigos se esconden y vuelven a salir después que pasan o apenas consiguen rechazarlas cuando atacan las poblaciones. También en ese estado está José Vicente en Tinaquillo, donde tenemos los hatos, expuesto a cada momento a perecer porque no tiene sino cien hombres, entre ellos muchos prisioneros que él mismo ha hecho en algunas salidas. Para la fecha se ha batido varias veces con felicidad pero la fortuna no puede ser siempre favorable. En enero fue atacado por doscientos cincuenta federales que tuvo la suerte de rechazar con treinta y pico de hombres que era lo que tenía en aquel momento, pues sesenta hombres de su tropa se ha-

bían ido a buscar la ración como sucede diariamente y no pueden ir menos porque los enemigos se emboscan. A nadie le había ocurrido una barbaridad semejante. Le escribí que oficiara al Jefe de Operaciones pidiendo aumento de fuerzas y le provean de raciones porque no es posible continúe así sin que lo maten. El gobierno impone empréstitos por todas partes y actualmente acabo de pagar mil pesos de dos que me asignaron. Sin embargo no hay recursos para sostener las tropas de las provincias y en Aragua me dicen que han principiado a tomar frutos de las haciendas para racionarlas. Los federales exigen también por su parte, so pena de quemar las propiedades, así es que verás, Francisco, que será lo que Dios quiera. Demasiado te he mortificado con la relación de tantas desgracias pero no se puede escribir de otra manera bajo la atmósfera en que vivimos.

Sabrás el acontecimiento de Santo Domingo, que ciertamente es de gran importancia en la revolución de la América Española. Sin conocer la política de España sobre este particular, tan embebido como estoy en nuestras contiendas civiles, me parece que no obra la Corona con mucho acierto porque puede ser el motivo de luchas con los Estados Unidos, que aunque divididos júrase poner de acuerdo en este punto para hacerle la guerra e invadir a Cuba.

Te he escrito largo pues quería hacerlo hacía tiempo y, además de tantos quehaceres en las fincas, no habían salido los vapores. El último tuvo que desviarse a Saint Thomas después de ocho días de zarpado de La Guaira, a causa de una tormenta. Cuando leas ésta abrazas a todos de mi parte y les cuentas noticias mías y de la familia que tienen aquí que confío en Dios alguna vez podamos vernos en esta vida, y emborracharme contigo como lo hicimos de jóvenes.

Si no es para ti de mucha dificultad te encargo me mandes en la primera oportunidad una espada muy buena con el nombre de José Vicente grabado en la hoja y que tenga dos vainas, una de lujo y otra de suela con sus conteras y que la guarnición sea de esas de cobre bordada.

Recibe un fuerte abrazo, de tu hermano que desea te conserves bien,

Domingo

¡Cómo no! ¡El general José Vicente Velarte!, el jefe de la Revolución Azul, decía mi abuela. Siempre le escuché a papá hablar de él, godo de uña en el rabo, de la gente que siguió peleando después del Tratado de Coche, que no quiso aceptar la anarquía y la avidez de poder de tantos caudillos y caudillitos militares. Murió en El Pao el año 1868, muy cerca de sus hatos, qué horror, cómo todo eso se perdió, todas esas tierras, y el trabajo de fundarlas y trabajarlas. Poco después murió su padre, ya viejísimo, ¿cuándo llegaría a Venezuela don Domingo Velarte?, debe haber sido el 19, el 20, finalizando la guerra, no me acuerdo bien, tú ves, Pedro, no deberías haber donado las cartas, te lo dije cuando nos mudamos de Veroes, que a los funcionarios les importaba un pepino la historia, menos mal que guardaste ésta porque como era de un soldado realista hubieran cumplido el deber patrio de quemarla. Sí, don Domingo murió poco después de José Vicente, imagínate además de la edad el dolor de que mataran a su hijo. María de la Trinidad vivió más, yo creo que ella era mucho más joven, nació durante la independencia o poco después.

Yo soy el Txomin. Más conocido en estas tierras como Domingo Velarte y Arriola y llegué a la Capitanía General de Venezuela en 1819, como Capitán de Fragata de la Armada Vencible de Su Majestad Fernando VII. Soy el personaje más antiguo de los que hablan en esta novela, por lo tanto, soy apenas una radiografía del tiempo, una reliquia, un vestigio en el último grado del deterioro. He sido construido con los mismos métodos con que puede restaurarse una tela de muchos siglos, con apenas unas esquinas que permanecen, algunos hilos que conservan su tejido, y añadiéndole tantos pedazos nuevos que su imagen es totalmente una composición. He sido tratado con el temor que inspira un libro viejo, de páginas no sólo amarillentas sino deshaciéndose como polvo, desmoronándose de sólo tocarlo, con el sufrimiento que nos deja saber qué poco nos queda de lo anterior, y cómo el más mínimo maltrato puede ser responsable de su desvanecimiento. Y sin embargo he existido, mi nombre es ficticio naturalmente, pero algunas de las puntas de mi historia pueden ser trazadas no sólo en el mapa de las verosimilitudes sino en el de los hechos. Mi voz de cadáver mucho más allá del presente resuena silenciosa, estoy solo con los otros muertos de la historia, pero hubo un tiempo, en 1819, cuando llegué a la Capitanía, en que mis ojos, acostumbrados a otro mar, se deslumbraron ante las tierras parameras de la península de Paraguaná, y desde

mi fragata, La Afortunada, así se llamaba, miré por primera vez la arena reseca por el viento violento que la levantaba varios metros, envolviendo los rastrojos escasos costa adentro. Así recorrí el perfil de Venezuela hasta llegar a La Guaira y de nuevo me dejé arrastrar por el paisaje, esta vez más dulce, más transparente, profundizando los cocotales en las playas tranquilas, a veces violentándose las olas contra los rocosos cortes de las montañas que herían el mar. Frente al Castillo peleamos varios días y sus noches, mi fragata fue completamente destrozada por las balas de cañón que saltaban de la fortaleza, arrojando su esperma quemante sobre nosotros. Pude haber muerto, denme si quieren por muerto, es muy probable que una fragata cañoneada se hunda y se ahoguen todos los hombres que empujó hasta tan lejos para defender un desconocido Imperio. Sin embargo, ahora que soy un muerto, reivindico el derecho a contar mi historia, denme por vivo, soy un sobreviviente de ese naufragio como otros lo serán de otro, yo les cuento el mío, un naufragio guerrero, y ahora quiero también relatarles mi historia. Nací en Guipúzcoa donde mi padre tenía un buen caserío en Vergara, y allí estudié en el Colegio de los Jesuitas, en el Real y Patriótico Seminario, las lenguas, las matemáticas y las ciencias naturales, el padre Florentino, segoviano, me enseñó a hablar correctamente el castellano y a escribirlo, y menos mal porque sólo con el vascuence no me hubiera podido desempeñar en lo que después sería mi destino. En esa época tenía el Seminario una organización militar, los internos vestíamos uniforme y usábamos espadín y era director un brigadier del ejército, de modo que recibí una preparación que me encaminaba por vías distintas a las que yo de niño pensaba guiarían mi futuro. Debo

repetirles el episodio de Caín y Abel como ocurrió en mi caso, siendo yo Abel y mi hermano Francisco Caín. Cuando era todavía un niño o apenas un hombre, pasaba los meses del verano en el caserío de mis padres, antes de estudiar mi último año con los jesuitas, y mi padre me encomendó llevar unos cerdos hasta San Sebastián para venderlos, porque ya tenía pactado el negocio con el matadero, y así lo hice, pero con la mala suerte de que los cerdos pesaron menos y los dueños del matadero no me quisieron entregar la misma suma y hube de volverme con menos dinero del que mi padre esperaba. Entonces Francisco tuvo la tentación de la envidia porque yo era el mayor y me tocarían las tierras, y para que mi padre desconfiara le dijo que yo me había quedado con el dinero, que él lo sabía de buena fuente. Fue tanta la humillación que sentí cuando mi padre dudó de mi palabra que esa misma noche lié un atado de ropa y me aparecí en la casa de mi tío Ignacio, oficial de Marina, y le pedí que me recomendara para entrar como guardamarina, con una carta suya me presenté a la mañana siguiente en el puerto de San Sebastián y me enrolaron, aunque no tenía más de catorce años, pero era alto y fuerte y parecía de más edad. Era el año 1808, puede verse cómo la historia quiso que mi huida coincidiera con la invasión napoleónica, y de esa manera durante cinco años estuve luchando contra los franceses hasta echarlos. Al terminar la guerra me dieron un año de licencia por mis méritos y volví al caserío, como el hijo pródigo pero laureado y heroico, mis padres me recibieron llenos de orgullo y me instaban a que dejara la vida militar y me quedara con ellos, y eso decidí pero no por mucho tiempo. Me aburría la lluvia en el campo, uncir los bueyes por la mañana y recoger las vacas por la tarde, amon-

tonar el heno, arar el campo y emborracharme de sidra en las fiestas de la Virgen, aunque no estará de más decir que era un buen mozo y que, cuando bailaba en la plaza, las hijas de los otros caseros me querían para marido. Esta parte de mi vida me parece ahora casi imaginaria, y sin embargo contenía las anécdotas comunes y propias de un joven de veinte años en las circunstancias que me rodeaban, pero cuando veo mi pasado desde los días en que desembarqué en las costas venezolanas o más adelante, cuando regresé a ellas siendo ya un hombre maduro, y sobre todo, desde el final de mi vida, cuando era un anciano en 1870, todos aquellos recuerdos de juventud me parecen más bien un futuro aspirado, un sueño de mocedad rubia y fuerte, comiéndome unas manzanas verdes y respirando el olor de la tierra húmeda y de las muchachas en flor, un proyecto al que deseaba llegar y no el germen de mi vida, pero pienso que es así siempre cuando recordamos desde la muerte y ya toda memoria es un deseo. Mi madre me tenía una novia, una chica buena y sólida, dispuesta a parirme muchos hijos; a echarles de comer a los cerdos y a guisarme un bacalao los días de fiesta, pero yo anhelaba volver al mar y le dije a mi padre que le dejara las tierras a Francisco que quería casarse, y en broma, a mi hermano, le dije que le dejaba la novia también, y me volví a la Marina, llegando a ser Capitán de Fragata. En 1819 de nuevo me tocó luchar por la Corona y me destinaron a América para defender el Imperio de los insurrectos de Caracas, de modo que viajé a Cádiz y de allí embarqué hacia la Capitanía. Cómo lloró mi madre cuando me fui, no quisiera recordarlo, una mujer tan dura y tan recia, con las manos tan serenas como el perfil y los ojos grises como nuestro mar, lloró tanto que me hizo llorar a

mí también y ése fue el último día que nos vimos, siento no haber estado para enterrarla y que falté cuando le cantaron las misas en la iglesia de Santa María, al lado del puerto, porque así ella lo pidió, quizás para recordarme a mí, su hijo marino, eso no lo sabré pero así me lo escribió mi hermano años después, tampoco sabía entonces que aquella iglesia, quemada en un incendio, había sido restaurada por la Compañía Guipuzcoana de Caracas, adonde me llevaron, ya muy enfermo, desde San Carlos para morir, y así se lo escribió mi hija María Antonia a mis hermanas. Me fui pensando en luchar por el Imperio, que bastante sangre nos había costado la divina locura de los Austrias como para que también nos hicieran la puñeta unos españoles rebeldes, pero yo sabía muy poco de América entonces, creía que era sólo cuestión de ir, triunfar y volver, me fui por oficio, por obligación militar y quizás buscando la gloria, pobres no éramos porque cuando yo volví al ejército mi padre llamó a un hermano de mi madre para que viniera a ayudarnos con la tierra porque no daban abasto él y Francisco. Ya cuando embarqué decían que la guerra la perdíamos, que los criollos peleaban como Dios y el Bolívar se las traía, pero no me fui pensando que desde España era ya un soldado vencido, aunque igual lo hubiera hecho. Recuerdo ahora el amanecer frente al Castillo de La Guaira, las breves playas como festones de una inmensa cordillera, el mar como un espejo brillante de tanta luz, el rumor vegetal a lo lejos y el estampido de los cañones defendiendo el puerto. Mis marineros sobrevivientes y yo pudimos en una chalupa alcanzar una corbeta que nos esperaba mar adentro, por un tiempo nos refugiamos cerca de Puerto Cabello, donde también entramos en combate, estuvimos varios meses hasta que la Capitanía se per-

dió y recibimos órdenes de dirigirnos a la isla de Cuba y fondear allá, después me mandaron a La Española, donde pedí mi licencia. Por qué no volví a España, me lo he preguntado muchas veces. He pensado que quizás por orgullo, por el mal sabor de la derrota, pero nunca me pareció suficiente explicación, quizás por hacer fortuna, pero tampoco esa razón me ha convencido, ni siquiera desde la muerte he llegado a saberlo, son cosas que le suceden al que pone mar por medio, quedarse duele y volver parece imposible. En Venezuela dicen “chivo que se devuelve, se esnuca”, algo de razón tiene el refrán, lo que he llegado a entender después de muerto es que no son muchas veces las razones prácticas o de sentido común las que dirigen nuestras decisiones, ellas son sólo la cáscara con que debemos esconder vías recónditas, misteriosos ríos que nos llevan a pesar nuestro. Puedo decir que en La Española conocí a otro vasco, de Zumaya, muy fiel amigo, y que juntos nos dedicamos al comercio de tabaco entre las islas y llegamos a hacer buen dinero, el suficiente para comprar algunas tierras, y que con esa pequeña fortuna regresé a Venezuela y compré un hatillo en los desolados llanos de Cojedes, y todo ello es cierto, pero podría muy bien decir también que yo era un náufrago arrojado en playa extraña, un cadáver vivo, un soldado vencido, como somos todos, desterrados eternos, muertos en el afán de una victoria imposible, y que las amarras que me unían a mi tierra dulce habían sido cortadas por los hilos de acero que van sesgando nuestras redes, siempre el mar empujando nuestra fragata, sus tablas y cascarón estallado como la mía, La Afortunada, en las costas centrales, donde todavía flota mi esperanza. En 1830 los odios de la guerra habían amainado, el suelo estaba desocupado por la escasez

de hombres para trabajarlo, les devolvieron a los españoles el derecho a las propiedades, al matrimonio con criollas y otras atribuciones, y de una tierra que sólo miré como campo de guerra hice un lugar de trabajo. Me había ya acostumbrado al sol y a la claridad, se aprende así cómo la mirada de los hombres cambia con el paisaje, de montes tan verdes y mar tan brumoso como los míos, me quedaba en los ojos una luz tenue y de aquel *sirimiri* suave y crónico que calaba los huesos y la boina, ensombreciendo los montes empinados cuando atravesaba el puerto de Alsasua para llegar a San Sebastián, apenas me quedaba la humedad, más acostumbrado ahora a las tierras secas y a los furiosos y repentinos aguaceros del invierno tropical. Compré un hato cerca de San Carlos, y después otro cerca de Tinaquillo, vivía en los llanos casi todo el año pero a las entradas y salidas de agua, después de los trabajos de vaquería, me iba a Caracas, a ver un poco a la gente y de vez en cuando emborracharme en los burdeles. Me gustaban las mulatas con sus formas generosas y los andares lentos, me bullía la sangre al verlas y medir sus pasos acompasados que cuando caminaban parecía que en vez de adelante iban para atrás, muy distintas a las mujeres de mi tierra, de gestos bruscos y definidos, que apenas entraban por la puerta parecía que ya habían llegado a la ventana, pero pisaba los cuarenta, no había podido levantar un hogar y estaba cansado de emigrar de tierra y de mujer. En esas preocupaciones conocí a María de la Trinidad, así que entre tantas razones puedo decir que también me quedé por amor. Caracas era entonces una aldea, cuatro calles, una plaza, una Catedral, un pueblo desalmado porque después de la guerra no quedarían más de treinta mil habitantes, recorrer sus esquinas era cosa de una tarde y lo hice muchas

veces mirando las ventanas donde se sentaban las mujeres jóvenes, cuando el calor del mediodía descendía. Vine a fijarme en María de la Trinidad, hija de godos y parientes del Libertador, con casa de cuatro ventanas y tres patios, ricos si se quiere en comparación, era una muchacha de ojos almendrados y muy negros como las extremeñas, el talle despegado de las castellanas, los pechos redondos y las caderas anchas de las andaluzas, a lo mejor me gustó por eso, era como la España total en mujer, pero vaya uno a saber por qué le gusta más una mujer que otra, ni sé si es bueno preguntárselo, yo la estuve mirando un rato la primera vez que la vi, casi una niña todavía, cuando me casé con ella había cumplido los quince, y volví otra tarde a mirarla, ella me sonreía, pero lo que no encontraba era el medio de entrar en aquella casa y que me permitiesen visitarla. Era costumbre, con las hijas de los mantuanos, ventanearlas un tiempo y después pedir permiso al padre para visitarla en la casa algunas horas a la semana, en compañía de la madre o de las tías, hasta formalizar el compromiso, pero era también el uso casarse entre ellos y muy frecuentemente con sus primos o parientes para conservar el linaje, de modo que no hallaba cómo hacer hasta que tuve la suerte de que un amigo mío, también dueño de hatos, me dijo que los conocía pero a la vez me trató de loco, siendo yo un don nadie y ella una goda, que si yo me creía un capitán de zarzuela, me decía riéndose, me llamarían canario recién llegado y ni a la puerta de la cochera llegaría a poner los pies, pero tanto le insistí que consintió en presentarme a su padre. Quien ha hecho dos guerras le va perdiendo el miedo a los hombres, no me iba a echar a temblar porque otros hijos de españoles me dijeran que era poca cosa para la niña, además, pensaba

yo, al fin y al cabo, todos fuimos llegando, cuántos cabreros no tendrían ellos enterrados en Extremadura para que yo les fuera menos, y si no era el primer vasco que llegaba tampoco sería el último, porque algo me decía que unos primero, otros después, seguiríamos viniendo. La importancia que tiene para los criollos el llegar antes o luego no la he entendido sino con el tiempo, al principio a mí me parecía que debería de ser todo lo contrario y me veía yo, como español de España, más importante, pero ésa es sin duda una visión de metrópoli y no de colonia, los hombres no perdemos fácilmente el atavismo de la posesión primera, el derecho de antigüedad, porque yo mismo, con el correr de los años, he llegado a sentir el mismo prejuicio y a los extranjeros que vi llegar cuando ya yo estaba asentado siempre los miré con desconfianza y con el temor de qué irían a llevarse, a Venezuela no la han traicionado, pienso yo, los que la han ocupado sino quienes la han desocupado, yo por mi parte tengo la conciencia tranquila ante Dios, la defendí como soldado cuando era colonia y la trabajé como campesino cuando fue república, porque cuando vine me pareció que era de la Corona y cuando me quedé que era mía, allá con su conciencia los que creyeron que era tierra de nadie y de despojo, no me es posible, aun cuando haya muerto, tener una conciencia de los hechos históricos que esté más allá de mi tiempo. El padre de María de la Trinidad era descendiente de conquistadores, llegados en 1536, y entre las razones que pudo tener para consentir en el matrimonio sin duda pesó que, para los años en que nos casamos, había muy pocos hombres blancos y jóvenes y, antes de condenarla a la soltería, prefirió dármele a mí, que era todavía fuerte, de buena raza, no poca educación y con conocimientos del campo, y

al fin y al cabo Capitán de España. Ahora, cuando me caso con ella, soy un recién llegado pero cuando pase el tiempo me convertiré en un antepasado y mi nombre quedara en los libros, así sucede con la historia, al que vino pobre y hambreado la nueva riqueza le tapara la antigua pobreza y el linaje y su descendencia oscurecerán el origen popular, no se imaginarán ahora mis descendientes la de vueltas que dio la vida para que yo saliera de Vergara hasta San Carlos de Cojedes. De María de la Trinidad tuve seis hijos y de otras mujeres ninguno, porque no quise mezclar mi sangre como los castellanos acostumbran, de su familia heredamos propiedades, tierras de Merced, que vaya a saber cuándo se las dieron y que estaban muy abandonadas, creo yo que eso también influyó en mi suegro, la necesidad de que alguien le administrara las haciendas para que no se perdieran. En eso nunca he terminado de sorprenderme, siempre creí que si algún día volvía a Guipúzcoa rico sería porque ganábamos la guerra y el rey me correspondía, pero fue porque la perdimos que vine a ser dueño de varios hatos en los llanos y de haciendas en los valles. Allí nos enraizamos y allí nacieron nuestros hijos, de los seis que tuvimos sólo nos vivieron dos, María Antonia, la mayor, que casó con un hacendado de la provincia de Aragón, cafetalero y muy rico para entonces, y María Clara con un primo suyo, Gonzalo, dueño de plantaciones de cacao en Barlovento. Nacieron tres niñas más pero se nos murieron por las fiebres malignas, éstas son tierras muy malsanas, y ninguna de ellas llegó a salir de la cuna. También tuvimos un hijo, José Vicente. La única vez que de verdad pensé en volver a España fue cuando mataron a José Vicente, habiendo yo venido a pelear por la Corona y sobrevivir, que mi hijo muriera luchando por los

conservadores, los hijos de los patriotas, y que su muerte sucediera cuando ya las guerras se habían pacificado, son circunstancias que no he podido comprender, lloré que me salía sangre por los ojos cuando me vinieron a avisar los peones que había caído en El Pao, muy cerca de mis hatos, en una guerra maldita que nos arruinó y que, aun cuando de mala manera para nosotros, ya había terminado. Deben saber ustedes que José Vicente fue el jefe de la Revolución Azul, de los godos que no aceptaron el Tratado de Coche y que continuaron combatiendo desde oriente después de su firma, hasta 1868, cuando fueron definitivamente derrotados. Ese año nació mi nieta Malena, hija de María Antonia y Rafael Ernesto, y murió José Vicente. En su muerte vi la misma escena de mi juventud, cuando salió a caballo y María de la Trinidad se quedó llorando en la puerta del corredor con los ojos perdidos en la polvareda, como mi madre en otro tiempo, mirándome bajo la lluvia en la puerta del caserío, el día que partí hacia Cádiz, ni María de la Trinidad ni mi madre intentaron detener a sus hijos aunque sabían que los veían por última vez, y en eso creo que tuvieron razón, la ternura de la mujer debe ser para hacer los niños pero no para torcer sus destinos, yo también lo entendí así pero no puedo negar que hube de violentarme para dejar a José Vicente partir. Mi único hijo hombre. Después me encerré en mi casa, a que me destruyeran la envidia y el rencor, cerradas las puertas y señaladas las ventanas con crespones negros, mientras mi mujer buscaba el consuelo y la explicación en los rezos para mí no hubo Dios que apaciguara mi vencimiento. Por eso creo que fue la primera vez que verdaderamente sentí el deseo de irme, también me dio por acostarme con las peonas, que nunca antes me habían tentado,

pero les cogí asco cuando sentía que temblaban de miedo bajo mis botas, y además me llevaba a hacerlo la ilusión de preñarlas y aunque lo hubiera logrado a ese hijo no le podría llamar Velarte. La muerte entonces se me apareció por primera vez en mi horizonte, como si las tantas veces en que la había desafiado hubieran sido sólo un juego o un ensayo, supe entonces que existía ya más allá del tiempo, que yo también estaba enterrado con mi propia simiente y que sólo podía contemplar mi pasado, por eso pensé en volver pero hubiera sido el vano intento de quien quiere huir hacia atrás, regresar a un mar que ya nunca podrá bañarnos, y por otra parte estábamos viejos, ni María de la Trinidad hubiera consentido en separarse de sus hijas y nietos, ni yo podía imaginarme otra muerte que no fuera la que ya había sentido y preparado. Morí poco después, en 1870, y estuve esperando aquí a que por fin ocurriera.

Y por eso don Domingo Velarte y Arriola fue mi chozno.

Remontarnos casi a la Independencia a través de una carta que nunca llegó a su destino nos hacía mucho daño, aumentaba de tal manera nuestro inventario de recuerdos que era necesario renunciar a salvarlos y aceptar que no cabían en ninguna parte. Era mejor dejarlos ir para que aquellos que compraban la casa la demolieran sin nostalgia y pudieran construir sobre el solar una nueva historia. Cierra estas páginas, prima, me dijo Isabel, escribe las últimas líneas y vente conmigo, eres la única con quien todavía puedo conversar, la única sobreviviente del naufragio. Me hubiera gustado pero no me era posible, quién hubiera ayudado a mamá a regar los helechos del balcón, quién le hubiera

pedido a mi abuela que contara una vez más la historia de mi tía Malena, quién le hubiera escuchado a mi abuelo el cuento de cómo salieron de San Sebastián después del estallido de la guerra, quién hubiera acompañado a papá a las Residencias Veroes, quién dejaría unas flores en el panteón de la familia, quién guardaría las cartas de amor de tía Olga, quién conservaría los álbumes de fotos y la pesa de sobres. Era necesario mantenernos en pie y despedirnos de la casa. Bajar por última vez las amplias escaleras tapizadas en rojo, mirar el Ávila a través de los enrejados ventanales en arcos de medio punto, cerrar la puerta de la terraza de la planta alta desde la que se contemplaba un samán centenario, cruzar el salón ya desocupado y agrietado por la humedad, revisar si quedaba algo importante en la cocina en la que ya Benita no colaba café, salir al *hall* de mosaicos donde habían permanecido los sillones coloniales, recorrer el jardín donde los mangos seguían cosechando y acercarse al seto de cayenas que separaba la casa de la calle, para desde allí despedirse de sus balcones de madera, sus techos de tejas y las torres rompiendo la fachada, saber que mucho de lo escrito estaba pegado de las paredes y que no todo podía ser arrancado porque las palabras sucumben siempre en su afán de rescatar lo imposible, contarle a Isabel cómo había empezado todo.

Abandonar la casa y también la narración, intentando hallar la fantasía que yacía tras de haberla escrito, si no sería, más que una lucha de restauración y de enfundamiento en el pasado, lo contrario; una salida ineludible que todos encontramos alguna vez, o por lo menos buscamos, de partida definitiva del peso encubridor y endiosado de lo anterior que nos agobia y nos aplasta, como si fuera una deuda

impagable, una heredad esclavizante de la que necesitamos revenir para ser en fin sólo seres de memoria y no sujetos del recuerdo. Un vómito indispensable, y casi higiénico, que requiere el alma, tan limitada, para poder recrearse de nuevo; una recapitulación de nosotros mismos, un reconstruir de recuerdos engañosos, que, de acuerdo con Jaspers, “aparecen en la conciencia de los enfermos como la representación de una vivencia anterior con el sentimiento vivo del recuerdo, mientras que en verdad no recuerdan nada, sino que todo es inventado”. Y de esa manera aprecio, en la elaboración del recuerdo perdido y engañoso, haber logrado decir aproximadamente la verdad, y, complaciendo a mi prima Isabel que siempre quiso buscar la poesía de la ciencia, citaré otro párrafo de mi fenomenólogo preferido: “por momentos invade a los enfermos la conciencia de que todo lo que ven, lo han visto ya exactamente, que lo han experimentado una vez de modo igual”. Los mismos objetos, las mismas personas, las mismas posiciones y comportamientos exactos, justamente esas palabras, ese tono de voz sorprendentemente parecido, todo fue así una vez (es el *dejá-vú*). Al contrario, existe el *jamaís-vecú* en la conciencia, el verlo todo por primera vez, y lo percibido es como desconocido, nuevo, incomprensible.

Quizá la liberación del falseamiento del recuerdo nos conduzca a un nuevo *jamaís-ví*, donde el mundo incomprensible pueda otra vez ser buscado, y de ese tiempo que tanto hemos llenado, y de ese pasado que desmesuradamente hemos extendido, se desprenda una barrera de palabras, redes únicas, hermosísimas, indestructibles, en las que siempre quedará un lugar para la estantería de tía Olga, los comentarios de mi abuela, los silencios de papá, la melancolía de

Margarita, las impertinencias de Pedro, las recetas de tía Elena, y el suave descendimiento de mamá dirigiéndose al salón, y tantas otras sucesiones enlazadas en el milagro del lenguaje. Pues si algo nos queda por sorpresa será, para quien escribe, asistir humildemente a lo esplendoroso de su esencia y sentir tenuemente que por instantes de ella participa. Aunque nunca como lo deseara, siempre con la impresión de manotear en sus afueras, como el náufrago desesperado que nunca alcanza la tabla o el niño que rompe sus manos arañándose en las rejas que lo separan de los paraísos perdidos. Es quizás el acto de escribir único, no porque permita estar dentro del lenguaje, pero sí al menos contemplarlo, y si prometí al principio de estas páginas dejar ondear el barco para verlo ante mí es eso lo que quería decir y no lo sabía. Necesitaba escribirlas para saberlo, y estar ahora contemplando la fugaz presencia de las palabras y su navegar ante nosotros, sólo posible en el tiempo, pues quien escribe no puede, como en otros oficios, llegar a una visión inmediata y plena de lo que construye. Es siempre alguien en la orilla dejando su mirada recorrer los barcos lejanos, intentando detallarlos y capturarlos en su travesía; igualmente quien lee sólo podrá hacerlo en el transcurso, bañándose en la misma playa del escritor o en otra si lo desea, pero siempre sumergiéndose en una corriente inapresable, pues el lenguaje como el mar se nos escapa si intentamos abarcarlo. Es un puro movimiento, una ola extraordinaria que nos cubre y nos ahoga, y nos devora y nos devuelve, y nos expulsa a otra costa desconocida, y dentro de su tormento y su locura, hace de nosotros cualquier cosa: alguien que recuerda, alguien que presagia, alguien que discurre en pensamientos extraños, alguien que sufre de ajenas nostalgias, alguien que

deja de serlo para ser otro. Y, para no cansarles más con este discurso, dejo paso final a la narradora oficial del relato, a quien momentáneamente obstruí, para que explique cómo y por qué tomó ese oficio, y aceptó entrar en el personaje-narrador.

Una tarde yo estaba sola en la casa, pasé con miedo por la esquina del patio de atrás, quería atrapar unas ranitas que se depositaban en la pila, me llamaban a gritos el olor húmedo de las matas, las piedras amarillentas del muro, me reclamaba la soledad, siempre sentada junto a la pila, viendo crecer unas trinitarias, contemplando el agua oscura empozarse. Ella salía en esa hora de la siesta, la soledad, no hubiera podido dejarla sola. Atravesar la tarde, encontrarla, mis abuelos dormidos con largos periódicos sobre las piernas, mis padres en las habitaciones de arriba, Margarita desde su cuarto sospechando amores, Pedro en bicicleta por la entrada empedrada. Mi edad imprecisa, la tarde empujándome sin piedad y el tiempo sentado tranquilamente en una esquina. Desde entonces pensé que me odiaba, nos miramos frente a frente. Supe que veía por dentro mis paisajes, si Isabel hubiera estado conmigo me diría que el tiempo se parecía enormemente al señor Laing, tenía las manos encallecidas, la ropa holgada sobre un cuerpo flaco y escribía siempre una palabra inconclusa. Me acerqué a él con desconfianza, escuchando las palabras de mamá, no juegues nunca con extraños, me acerqué por desobedecerla, por decirle que entraba en la vida y dejaba sus brazos blandamente reposando en las sábanas. Me acerqué a él y me agarró con fuerza, perversamente, me habló largo de cosas

que no entendí entonces y ahora no recuerdo, se me arrimó más y comenzó a acariciarme impunemente. Estaré aquí sentado esperándote, me dijo, entre las trinitarias a la orilla de la pila, vendré siempre al fresco del patio, tráeme tus recuerdos, trae los muebles, trae las fotos, tráelos a ellos, tráemelo todo, yo te lo guardo. Todo se perderá si no me lo traes y una a una fui llevándole las cosas que me pedía, en silencio y sin decirles nada a los demás, no hubieran comprendido, no hubieran querido. Pero era implacable, insaciable. No me has traído todo, faltan muchas cosas, ya mi cuarto estaba vacío, mis juguetes, mis libros de caligrafía y de dibujo, mis cuadernos de pentagramas, una caja de habanos que me regaló papá para guardar mis pinturas, faltan cosas, muchas cosas. Le llevé las conversaciones, las palabras de mi abuela ordenando la ropa, las historias de mis abuelos y sus medallas, los amores de mis padres, las palabras suaves y calladas de mi madre, sus noches, su llanto. Faltan cosas, faltan muchas cosas. Le llevé a mi bisabuelo sentado en una butaca de cuero, con la pierna en alto, rodeado de viejos amigos del régimen, le llevé a mi abuela, fiera y sumisa, sirviéndole una taza de café. Le llevé las sombras de mis tíos y mis tías, de mis primos mayores, las conversaciones oídas a media voz, a medio tono, para no ser escuchadas por los niños ni el servicio, nuestros mitos y prejuicios, nuestros temores y certezas, los pedazos de historia. Fui día a día dejándolos sin pasado, tomándolo de los escaparates y de las repisas, limpiándolo del polvo de las ventanas, buscándolo en las sábanas. Quizás me veían y me dejaban hacer sin decirlo, hubieran podido impedirlo pero me entregaban así en tributo por sus vidas, quizás ni les dolía o sólo muy ligeramente el verme empeñada en aquella

tarea, quizás todos estaban de acuerdo en que alguien debía sacrificarse, sentí piedad por mí misma pero sólo fugazmente. El tiempo sabía que me habían dejado sola, me habían regalado para que me las entendiera con él y ellos bajaban la vista o cruzaban palabras rápidas sobre los vecinos, el calor, los periódicos. Faltan cosas, muchas cosas. Y seguí entregándolas, con la dolorosa sospecha, con la pregunta cerrada por el miedo de qué haría con ellas, todo lo que ofrecía estaría condenado por años al silencio y después, frente a frente con el tiempo, tendría que arrancárselo, desgajárselo, despojárselo, para que una a una me devolviera mis ofrendas, aunque con polvo, incompletas, quizás Margarita hubiera querido limpiarlas y Pedro etiquetarlas, sólo yo podía llorarlas de saberlas así tan maltratadas, sentarme a su lado y recoger con tristeza lo que el tiempo había hecho con ellas, unos pedazos desarticulados, unos muñecos sin voz, unas hojas separadas de un libro desencuadernado, era eso lo que el tiempo me devolvía, lo que me había prometido guardar y me había obligado a entregar, cuando yo tenía una edad imprecisa y él era un extraño. Entonces me senté y escribí la primera frase de una novela: *El día en que abandonamos la casa, subí al cuarto de mamá antes de salir, las ventanas estaban abiertas y la cortina de voile, inflada por la brisa, se escapaba entre las rejas como una mano desplegada por alguien que la arrojara al tiempo.*

Un relato es una despedida necesariamente rendida a lo que en algún momento fue una idea, una hipótesis de trabajo, un intento expresivo que debemos abandonar. Un punto final que no sabemos cuándo marcar, ni dónde emplazar, y en el fondo no quisiéramos señalar puesto que, como toda separación, es brumosa, no tiene un claro contorno. Es el dibujo de un soplo borrando lo que deja de ser, al igual que la muerte de un ser querido es infinita porque no podríamos ubicarla ni al saber su proximidad, ni en el instante exacto de su acabamiento, ni con la palada de tierra cayendo sobre el féretro o sobre la guirnalda de flores ladeada sobre la tumba, ni al regresar a nuestra habitación después de haberlo entregado, ni posteriormente recordándolo algún día futuro, cuando encontramos su foto en medio de tantos papeles. La muerte es absolutamente permanente, y no nos es dado desprendernos de ella nunca. Es tal vez la única presencia interminable que nos acompaña y se antepone a toda acción, no es en realidad sino la vida en su desarrollo, el propio curso vital, y de la misma manera en que no es posible en la vida debridar los gestos de la muerte tampoco podemos en un relato definir verdaderamente su final. Únicamente dejar de escribir para que alguien deje de leer. Y así como el hombre es el único animal que conoce de antemano su partida, igualmente quien escribe sabe que todo su impulso inexorablemente se dirige a la conclusión de los

personajes que inventó, a la finalización de sus aventuras, al cerramiento del espacio que pretendió abrir; y lejos de ser un omnipotente creador como algunos han creído o cuestionado, es apenas el escriba de su propia destrucción, sabiéndose anticipadamente condenado a sucumbir por su propia mano, a ejercer la violencia para él de extinguir su imaginación.

Un relato es una despedida de seres a quienes se ha llegado a querer, y que durante un tiempo han tomado vigencia dentro de la propia intimidad. En algunos momentos, al construir la ficción de Malena, me escuchaba repetirme: Malena nació en 1868, ¿cuántos años tenía en 1881? Y entonces se percibe la fuerza que el personaje ha cobrado para uno y se tiene el convencimiento de que Malena nació en 1868. Es una despedida incompleta, porque al haberles concedido una presencia ilusoria debemos llevarlos también a su expiración. Aun cuando es precisamente Malena la única cuyo entierro es descrito en detalle durante la narración, sabemos que basta la simple abstención de pulsar las teclas de la Hermes para que todos callen silenciosamente, sin haberlos podido reconstruir como quisimos, sin que hayan logrado decir todo lo que queríamos que dijese para que un lector desconocido se entretuviera en una rápida lectura. A la vez es sin remedio una despedida final, porque aun cuando escribiéramos otra novela, y siempre la otra se presagia de la misma manera en que el faro extinguido de una costa nos impulsa a encender otra señal en otra playa, podríamos recordando a Malena, citar a su poeta favorito, “éso... ¡no volverán!” Aun cuando usáramos el artificio de retornar a los antiguos personajes, ellos se negarían, porque al igual que las personas tienen sus propias vidas, sus pro-

pios devenires, y si quisiéramos rehacerlos será ya desde otra clave y con otra luz, que quizá nos permita volver a sus nombres o a sus circunstancias, pero nunca a la recreación de sí mismos. Ellos como nosotros también desaparecen y el recuerdo los desfigura tanto como lo hace con nuestros cadáveres. Un relato es una despedida sin palabras porque la relación creada entre quien escribe y sus personajes es incomunicable al lector. Media en un espacio aproximadamente situado entre las manos y la máquina de escribir, pero es inapresable, o quizás no, y ése podría ser el tema de otra escritura, en todo caso, no de ésta a la que renunciamos.

¿Te tomas otra taza de café?, me preguntó mi interlocutor. Mientras me la servía observé que la mayoría de los que trasegaban por la universidad ya se habían ido. Desde los amplios ventanales se veía a lo lejos el mar y comenzaba a oscurecer tardía y lentamente como sucede en el mes de agosto. Algunos se apretaban contra una pared en la que se anunciaban los programas de los cursos de verano, y se anotaban en conferencias y seminarios, otros acordaban citas para la noche, y el encargado del bar lavaba las tazas sucias de la tarde y recogía las últimas propinas. Quedábamos mi interlocutor y yo sentados casi en la oscuridad, podría decirse en la soledad, aunque es obvio.

Me has jugado a la Scherezade, me dijo, y no me lo esperaba. Es más, tengo también ganas de lanzarme a la erótica narrativa y contarte algunas historias. A través de ti me he enamorado un poco de tus tías, de Malena, de Olga, de Graciela ¿Por qué no comienzas otra vez?, son historias de gente que no conozco pero me han entretenido. Yo le contesté a mi interlocutor: no sé si se me ocurrirán nuevas historias con que retenerte. Scherezade narra para no morir,

como todo aquel que escribe, pero a mí me importa haber visto, mientras te hablaba, tus ojos deseantes, y darme cuenta de que existo. No sé si podré inventar nuevas fabulaciones con las cuales desfigurarme, entregarme sin que sepas mi nombre, mi afecto, mi debilidad o mi esperanza. No sé si tendré palabras para tapar lo que soy, no sé si en realidad soy otra cosa que estas palabras, pero si por ellas me amas, si así la vida continúa, si algo más se mantiene un solo instante, con mucho gusto te relataré la historia de mi bisabuela Cristina que se enamoró de un comerciante de perlas. Cuéntamela. Te la cuento. Mi bisabuela Cristina no fue una mujer de singular belleza, tenía pocas singularidades, y de ahí que quiso realizarse con un collar de perlas, y una vez...

Y así abandoné las torres del Palacio de la Magdalena en la compañía de mi interlocutor, y nos adentramos juntos en el olor salino de la noche, cumpliendo con imaginar al más solapado de los personajes, aquel que es sustento de la escucha, silenciosa pero presente en nuestro acto, personaje igualmente ficticio, pero más que ninguno necesario porque siendo amados por él, amamos nuestras palabras, condición indispensable si queremos escribirlas. Después, si ya el día ha caído, sentarnos fríamente a releerlas para corregirlas, rectificar las frases, articular oraciones, omitir algunas, alargar fragmentos, sustituir palabras repetidas, y poder escribir punto final.

1984-1986